

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 429

25 CTS.



**Inquieta
juventud**

FOR
Marceline Day
Y
Ralph Forbes

FilmoTeca
de Catalunya

**F
B**

CABANNE, W. CHRISTIE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 429



Inquieta juventud

(RESTLESS YOUTH, 1928)

Adaptación cinematográfica de la novela

de COSMO HAMILTON

Intérpretes:

MARCELINE DAY, RALPH FORBES,
NORMAN TREVOR, etc.



Producción Columbia

Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Aragón, 249, Barcelona-Aldamar, 7 y 9, S. Sebastián

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WILLIAM AUSTIN

Inquieta juventud

Argumento de la película

En el Colegio Stanton recibía la inquieta juventud las ventajas de una educación... y los inconvenientes de algunos serios peligros.

El baile anual era uno de estos... "serios peligros".

Aquel año, el principal atractivo de la fiesta fué Alicia Calhoun, la asignatura que estudiaban con mayor fervor los estudiantes del género masculino.

Alicia era huérfana, bella y coqueta, y se educaba en el Stanton.

Los estudiantes la rodeaban, deseando el honor de sus bailes. Y aquel éxito indignaba a las otras educandas.

Alicia bailó, al fin, con uno de los jóvenes, y al llegar a un rincón de la sala, su pareja, descaradamente, le dió un beso.

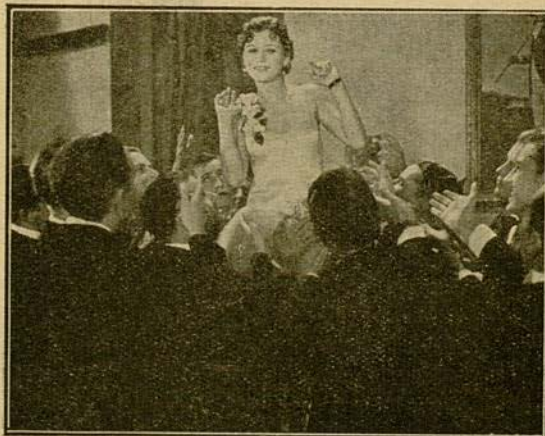
—¡No, eso no!—protestó, riendo—. Bailemos... pero sin complicaciones.

Terminada la danza, presentóse a ellos Jorge Baxter, el "gallito" del colegio. Al

final de curso sumaba tantos suspensos como conquistas.

Alicia accedió a bailar con él y Baxter repitió el juego del beso, acariciando con sus labios el fino rostro de la coqueta, mientras ella protestaba y se reía.

Ella protestaba y reía, sin ninguna mala



...el principal atractivo de la fiesta fué Alicia...

intención, llevada únicamente de su carácter ligero.

Cuando acabó la fiesta, Baxter acompañó a la muchacha al pabellón femenino del colegio y le dijo:

—Tienes que hacer todo lo posible por salir dentro de una hora. Ahora empieza otra gran fiesta de estudiantes en el cerca-

no hotel Shawnee. Habrá también muchas de otros pabellones.

—La directora de nuestro departamento no nos deja salir.

—¡No seas tonta!... Cuando todos duerman, descuélgate por la ventana. Yo te aguardaré en el jardín.



...presentóse a ellos Jorge Baxter...

Alicia accedió, dirigióse a su cuarto y aguardó a que la encargada hiciera la visita nocturna. Cuando oyó sus pasos, se echó en la cama, fingiendo que dormía.

Luego, anudó las sábanas de su lecho y las sacó por la ventana para descolgarse.

Julia, la compañera que dormía en la misma habitación, intentó hacerla desistir de su escapatoria.

—¡Piénsalo bien antes, Alicia!... Si se enteran te expulsarán.

—No tengas miedo. Dentro de dos horas estaré de vuelta...

Y, descolgándose con rapidez, sonrió a Baxter, que la aguardaba impaciente, y los dos jóvenes se dirigieron a un cercano hotel.

Entraron en el hall.

Baxter rogó a Alicia que aguardara.

—Voy a preguntar si está todo preparado.

Y, dirigiéndose al "bureau", firmó así en el registro de viajeros: "Jorge Baxter y su esposa".

En realidad, no se celebraba ninguna fiesta estudiantil en el hotel. Aquello era una excusa, una celada bien urdida por Baxter para pasar la noche con ella, con la coqueta.

La ligereza de la joven le hacía suponer que no había de protestar demasiado cuando conociera sus verdaderos propósitos.

Volvió al lado de Alicia y los dos se encaminaron a una de las habitaciones del primer piso, compuesta de una sala y alcoba.

El detective del hotel les vió entrar y frunció el ceño. ¿Eran realmente matrimonio? Tuvo sus sospechas, encontrando un misterioso no sé qué en la mirada de la mujer.

Alicia entró en la habitación donde creía se hallaban los otros estudiantes.

—Y los demás... ¿dónde están?—preguntó, viendo la estancia desierta.

—No tardarán en venir. Nosotros nos hemos adelantado un poco—contestó Baxter a tiempo que con todo disimulo cerraba la puerta con llave y se guardaba ésta en la mano.

Avanzó hacia la muchacha y acarició su rostro.

—¡Cuidado, Baxter!—dijo ella, sonriendo—. Pero... ¡qué raro es que no haya llegado aún nadie!...

El estalló en una carcajada.

—Si los esperas vas a sufrir una decepción... Nadie vendrá.

—¿Qué dices?...

—Ha sido una bromita para traerte aquí y pasar la noche a tu lado. ¡Con lo que tú me gustas!

—¡Miserable! ¿Por quién me has tomado?

—Melindres, no, pequeña — contestó el seductor—. Si me he atrevido a traerte aquí es porque te conozco bien.

—¡Qué infamia, Dios mío! ¡Y yo que te creí un caballero!

Corrió hacia la puerta y vió que estaba cerrada por dentro.

—¡Dame la llave!

—¡No!

—Entonces voy a telefonar pidiendo auxilio.

—Hazlo, si es tu gusto... Toda la ciudad se va a enterar de que has estado sola conmigo en la habitación de un hotel.

—¡Por favor, Baxter, abre!

—¿Me crees tan estúpido? ¿Con lo bonita que eres, dejarte libre? ¡No, mujer!

Y pretendió abrazarla otra vez, pero Alicia, horrorizada y entrando en la contigua alcoba, cerró por dentro con llave.

—¡Abre, Alicia!

—¡No, no!

Llamó repetidas veces, suplicó en vano... Alicia ni siquiera contestaba. Sentada ante el lecho, se preguntaba si tendría que pasar allí la noche.

¿Qué dirían en el colegio si descubrían su fuga? ¡Ah, nunca pudo sospechar que Baxter fuera tan miserable!

Rendida de cansancio y de emoción, acabó por dormirse... Y en tanto, en la sala, cansado de llamar en vano, Baxter acallaba su soledad bebiendo unas copas de licor y luego se tumbó en un diván y a poco quedó profundamente dormido.

Horas después Alicia despertó bruscamente. Ya con la imaginación perfectamente despejada, recordó su infortunio. Casi amanecía...

Reinaba una gran silencio... Acaso Baxter se hubiera marchado...

Mirando por el ojo de la cerradura, descubrió al estudiante durmiendo como un lirón.

Abrió y, de puntillas, avanzó hacia él.

Vió una llave en una mesa contigua y, con todo sigilo, se apoderó de ella.

Abrió la puerta de salida y, procurando que nadie la viera, marchó de aquel hotel,

donde su reputación había estado amenazada.

Afuera morían las últimas estrellas. La luz del amanecer empezaba a alumbrar al mundo.

* * *

Todo había sido descubierto. La encargada del pabellón se dió cuenta aquella misma noche de la fuga de Alicia y la puso en conocimiento de sus superiores.

A la mañana siguiente se hicieron rápidas averiguaciones y se conoció toda la verdad.

El detective del hotel, enterado de que una colegiala había pasado la noche fuera del internado, comprendió que se trataba de aquella asustada mujer que estuvo con Baxter y corrió a la escuela a denunciarla.

—Lo único que sé es que tomaron una habitación como si fueran casados y estuvieron en ella hasta cerca del amanecer—explicó el detective ante el Consejo del Colegio Stanton, que se había reunido en sesión secreta.

—¡Sabemos ya bastante para decidir lo que hay que hacer! Gracias por sus informes—contestó el magistrado Juan Campbell, hombre rígido e intolerante, que tenía un puesto de honor en el Consejo del Colegio Stanton.

Salió el detective y el Consejo ordenó que Alicia se presentara a continuación.

La muchacha avanzó, llorando.

Campbell, mirándola con implacable ferocidad, le dijo:

—¡Hemos decidido, en vista de su conducta vergonzosa, expulsar a usted de este colegio! También Baxter será expulsado...

—¡Piedad! — suplicó la pobre muchacha—. Fuí al hotel engañada. ¡Se lo juro! ¡Baxter me mintió!...

—Sus excusas son inútiles.

—Sé que he hecho muchas locuras, pero no tengo que avergonzarme de nada. Y de lo que haga en lo sucesivo ustedes serán los responsables—contestó con profunda energía.

—¡Hipócrita!—le dijo la directora del colegio.

—Ustedes me condenan sin prueba, sin un careo con ese Baxter miserable... Llenen de lodo a una mujer sin dignarse siquiera escucharla.

—¡Basta de palabras! Puede usted retirarse.

Y la pobre Alicia tuvo aquella tarde que abandonar el colegio. Víctima de su ligereza y coquetería, víctima también de la intolerancia y la incomprensión, la joven acababa de perder su carrera.

Regresó a la ciudad, y sin otros recursos que una pequeña renta con la que pagaba antes el internado, se vió obligada a buscar un empleo para poder vivir con relativas comodidades.

Dirigióse a una agencia de colocaciones, donde esperaban, con la esperanza de ser empleadas, una media docena de mujeres.

Para Roberto Haines, su agencia de colocaciones era un serrallo, donde él, con presancia de gallo inglés, imponía sus fueros de sultán.

Aguardaba Alicia con las otras muchachas en la antesala cuando vió salir del despacho al director y a una mujer bastante fea.

—De momento, no tengo nada disponible para empleada de despacho—dijo Haines, despidiéndose de la solicitante.

Alicia, malhumorada, se levantó, pero Haines, mirándola de pies a cabeza, le dijo al verla tan hermosa:

—¿Por qué se va usted?

—Había venido en busca de una colocación, pero ya he oído que no dispone usted de ninguna.

—Una muchacha tan bonita como usted encontrará todas las colocaciones que quiera—le contestó, obligándola a entrar en su despacho, ante la estupefacción de las demás aspirantas.

La hizo sentar, la trató muy cariñosa y acabó dándole una dirección.

—Es el bufete de un abogado. Necesitan una secretaria. Vaya usted allá.

—¡Gracias, señor!

—Y si consigue usted la plaza, no se olvide de quién se la ha proporcionado—agregó, acariciando sus brazos.

La joven, un poco turbada, se levantó. Y, después de despedirse del agente y de rehuir nuevos y atrevidos obsequios de éste, se encaminó a la dirección indicada.

Entró en aquel despacho y vió que esperaban cinco muchachas.

—Venía por la plaza de...—dijo Alicia a un meritorio.

—Vaya a la cola y espere allí. Es usted el número seis.

Alicia, pacientemente, aguardó. ¡Ah, calvario de esperar!

Aquel era el despacho de Ernesto Campbell, el hijo del hombre que había expulsado a Alicia del colegio. La joven ignoraba esto, puesto que desconocía el nombre de aquel severo magistrado que la condenó.

Ernesto era un abogado elocuente y humano, ante quien se abrían, cargados de promesas, los luminosos horizontes del Foro.

Entró el letrado en la antesala, y al ver a las aspirantas, dijo:

—Ya las recibiré luego a todas. Vuelvan dentro de un par de horas.

Alicia contempló al arrogante mozo y, dispuesta a todo para no perder el empleo, dió un grito:

—¡Ay... no puedo más!... ¡Voy a desmayarme!

Y cayó al suelo, fingiendo un desvanecimiento...

Corrieron Ernesto y el meritorio a levantar a la muchacha y la llevaron al despacho del primero, tendiéndola suavemente sobre un diván.

—¡Pobre chica!—dijo Ernesto.

Rociaron sus sienes con agua, la hicieron oler unas sales. Y, de pronto, sorprendió

Ernesto que la joven le miraba de reojo y que, al verse descubierta, volvía a cerrar los ojos.

El meritorio le hizo un guiño.

Riendo, el abogado le echó todo el vaso de agua en la frente y Alicia fingió volver bruscamente en sí.

—¿Dónde estoy? — exclamó, usando la frase de rigor.

—Me parece que eso lo sabe usted tan bien como yo...—contestó Ernesto, riendo.

—Señor... yo...

—He descubierto el ardid. La verdad es que tiene usted un modo muy original de solicitar empleos.

Ya no intentó disimular más la muchacha y el rubor tiñó sus mejillas.

—Son tantas las que aspiran a lo mismo...

—Tiene razón. Y se saldrá usted con la suya si escribe bien las cartas que le voy a dictar.

Se hizo la prueba taquigráfica y resultó favorable.

—Queda colocada. Pero, ¿me promete usted no volver a desmayarse nunca más?

—¡Prometido!...

* * *

Desde el primer día, Alicia Calhoun descubrió que el trabajo, más que una cruz, era un placer.

Se encontraba maravillosamente bien en su nueva ocupación. Ernesto Campbell era un hombre atento y simpático, que la trataba como si fuese una compañera.

Alicia fué olvidando su lamentable aventura del colegio, no queriendo acordarse más de éste ni de aquel estudiante Baxter, que, expulsado del Stanton, había ingresado en otra escuela para proseguir sus conquistas.

Una tarde se presentó en el despacho de Ernesto, Roberto Haines, el maligno agente de colocaciones.

Alicia, que se hallaba escribiendo a máquina, sintió un vago malestar al verle.

—¡Vaya, señorita! Todavía estoy esperando su visita de gratitud—le dijo, sonriendo.

—¡Oh—dijo—, no he tenido tiempo... créalo usted!—respondió, turbada.

—Estoy viendo, pequeña, que es usted muy desagradecida...

Y su brazo pretendió abarcar el talle de la joven.

—¡Cuidado, señor! — respondió severamente.

—¡Melindrosa!

—Señor Haines, tengo trabajo y...

Le mostro un pisapapeles, en el que había grabada esta frase: "El tiempo es oro".

—No es usted muy correcta, que digamos.

—No lo soy cuando se olvida el sitio que a cada cual le corresponde—contestó ella con gravedad.

Abrióse la puerta del contiguo despacho y apareció Ernesto, llamando a su secretaria.

Haines saludó con una ligera inclinación de cabeza y salió rápidamente.

—¿La estaba molestando ese individuo, Alicia?—dijo Ernesto, viendo la agitación de que daba muestras la joven.

—Quería, según creo, sacar partido de haber sido él quien me mandó aquí.

—Si le importuna otra vez, avíseme... Y hablando de otra cosa: ¿querría usted oír algunos párrafos del discurso que preparo para mi ingreso en el Colegio de Abogados?

—¡Oh, sí!

El joven comenzó una elocuente peroración, de gran tribuno.

—La obligación de un magistrado, señores, es investigar, no condenar... ¡La ley no exige víctimas! ¡Pide solamente justicia! La ley no es un agente de venganza... sino de protección... de defensa... de amor.

El meritorio había entrado en el despacho y escuchaba también con admiración el discurso.

Cuando Ernesto acabó, Alicia, emocionada por aquellas palabras que le recordaban su caso, le felicitó con toda su alma.

—¡Muy bien... muy bien!—le dijo—. Habla usted magistralmente.

—Lo mío no vale nada. Ya oirá usted hablar a mi padre... el terrible fiscal.

Aquella noche, Ernesto, que cada vez se sentía más seducido por su secretaria, la invitó a cenar en un restorán de moda.

Entre los dos jóvenes, el amor reclamaba sus derechos de juventud.

Pasaron una deliciosa velada. Entre baile y baile, Ernesto murmuraba al oído de su empleada tiernas galanterías... Vivían los dos la hora más bella de su existencia.

Cenaron. La Dirección del hotel había puesto sobre cada plato una cartulina con un pensamiento.

Ernesto leyó en la suya:



—Ya oirá usted hablar a mi padre... el terrible fiscal.

La ambición nunca dió la felicidad. Vive para amar si quieres vivir feliz.

Riendo, se la leyó a Alicia, quien ocultaba su tarjeta con cierto rubor:

—A ver, déjeme leer la suya.

—Tome.

Ernesto leyó:

Tu futuro esposo se te declarará pronto.

Las miradas de los muchachos se cruzaron y pareció flotar en ellas el mismo pensamiento.

Y Ernesto, dulcemente enamorado de su secretaria y volviendo a leer el papelito, que parecía una profecía, dijo con suavidad:

—Alicia, ¿quiere usted ser mi esposa?

—¡Oh, Ernesto! ¡Yo!...

—¡Contésteme, Alicia! ¡Yo la adoro... la adoro desde el día primero que la vi!...

Sus manos acariciaron las suyas y ella las abandonó con languidez.

—Alicia mía, ¡qué feliz soy!—prosiguió él—. Tú serás mi colaboradora, mi inspiradora. Mañana por la noche te llevaré a mi casa y te presentaré a mi padre.

Aquella noche fué inolvidable. Entre baile y baile, el amor cantó su canción.

Ernesto acompañó a Alicia hasta su casa y se despidió de su novia después de haberla besado.

Y el abogado volvió a su hogar, riendo y cantando con una necesidad loca de hablar y de expansionarse, pues el corazón no le cabía en el pecho.

Y a la otra noche, Alicia y Ernesto fueron a casa del padre de éste.

Mientras aguardaban en la salita, el joven puso en uno de los dedos de su novia el anillo de prometida.

—¡Estoy terriblemente nerviosa, Ernesto!... ¿Cómo me acogerá tu papá?

—No temas. Papá es un poco brusco, un

poco rígido, pero bueno. Ya le he dicho que le iba a presentar a la muchacha con la que voy a casarme.

—¿Y qué contestó?

—Me dijo que habiéndola yo elegido sería digna de mí...

Se besaron y en aquel instante apareció el padre de Ernesto, el implacable fiscal Campbell.

Los novios se levantaron y...

Alicia dió, horrorizada, un paso atrás... También el fiscal la contempló con honda palidez, lleno de estupefacción, de asombro.

El hálito del drama pasó ante los dos. Alicia reconoció en aquel hombre al consejero del colegio que la había expulsado. Y el fiscal vió en ella... a una mujer deshonrada...

Ernesto, extrañado por la implacable mirada del fiscal y por el espanto que reflejaban los ojos de Alicia, dijo:

—Mi futura esposa, papá... Pero, ¿por qué la miras así?

—Conozco ya a la señorita—dijo fríamente.

—¿Y qué?

—Haz el favor de retirarte, Ernesto. Deseo hablar a solas con la señorita Alicia.

—Pero, papá... ¿qué ocurre?

Alicia, llorosa, casi tambaleándose, suplicó, gimió, rota su felicidad.

—Sí... haz lo que te dice tu padre, Ernesto. ¡Retírate!

—Bueno... me marcharé... pero deberías explicarme...

Turbadísimo, presintiendo algo desagradable, el joven salió al jardín.

El fiscal Campbell, sin decir una palabra, llegóse a una mesa del rincón, extendió en el libro de cheques un talón por valor de dos mil dólares, poniéndolo en manos de Alicia.



—Pero, papá... ¿qué ocurre?

—Si le parece poco, señale usted misma la cantidad—le dijo.

Y aquella mujer, a quien una maldita coincidencia del destino iba a sumir en las tristezas de la desgracia, rechazó el talón y exclamó con los ojos bañados en llanto:

—¡Quédese eso, señor! No hay bastante dinero en el mundo para hacerme olvidar a Ernesto.

—Alicia, yo he educado a mi hijo con esmero para hacer de él un hombre digno y no voy a dejar que destruya su vida una mujer como usted.

—¡Yo soy inocente...! ¡Lo sostengo!

—Aquello está ya prejuzgado... Ahora es preciso que abandone a mi hijo.

—¿A su hijo?—exclamó con locos transportes de enamorada—. ¡No... no... yo no me marcharé... le será a usted difícil separarnos! ¡Los dos nos amamos!

—Pues si le ama, abandónele. Si no me lo devuelve usted... yo rompo para siempre con él—gritó con severidad.

—Usted no tiene derecho a exigirme este sacrificio, señor.

—¡Desgraciada! ¿Va usted a arruinar su porvenir? Sobre el pasado de usted hay una mancha imborrable... la conoce mucha gente... y mi hijo quedaría deshonrado ante el mundo...

Aquellas palabras rasgaban el corazón de la pobre enamorada. Lloraba ardientemente. Comprendió lo trágico de su situación... y por el mismo amor que sentía hacia Ernesto, no quiso ser un obstáculo a su dicha, al desarrollo y prosperidad de su carrera.

—Haré lo que usted me pide—respondió de súbito, con voz rota por la pena—. Dele este anillo.

—¡Gracias!

—¡No quiero sus gracias! ¡Si hago esto es por él, no por usted!

El fiscal se encogió de hombros.

—¡Usted destruirá la vida de su hijo como destruyó la mía!

Ernesto, cansado de esperar, volvió a reunirse con su padre.

—¿Y Alicia?

Con maligna intención, el fiscal le mostró la última matriz del talonario de cheques.

—Las mujeres de esa clase tienen siempre un precio.

—Padre... ¿qué dice usted? ¿Se ha vuelto loco?

—¡Calma, desgraciado! Yo mismo expulsé a esa muchacha del Colegio Stanton... por inmoralidad.

Y le contó aquella historia, y Ernesto, horrorizado, pasó la noche agitándose sin poder dormir, rota su alma por la espantosa e inesperada desilusión.

Al otro día, el joven abogado se hundió en el trabajo para olvidar su infortunio. Pero, por encima de la aridez de los códigos, saltaba ágil el recuerdo de Alicia.

No era posible que esa mujer tan pura, tan buena, fuese una mujer inmoral... Algo terrible se ocultaba en medio de aquella aventura. Era preciso conocer la verdad.

Como aquel día no acudiera Alicia a su despacho, al atardecer la llamó por teléfono a su casa.

—Necesito verte, Alicia. Tengo que hablar contigo—le gritó.

—¡No... no! ¡Olvídame!...—gimió.

—No me importa lo que hablaste con mi

padre... Necesito saber toda la verdad. A las ocho estaré en tu casa.

Alicia colgó el teléfono.

El dolor ponía en las mejillas de la pobre novia sus huellas profundas.

Llorando, volvió a leer la carta que unas horas antes había recibido:

Señorita Alicia Calhoun: En el caso de que Ernesto intentase volver a verla, recuerde nuestra reciente conversación. Pienso ahora lo mismo que entonces. Antes que ver a mi hijo casado con usted, arruinaría yo mismo su porvenir.

Juan Campbell

¡Implacable fiscal! ¡No perdonaría nunca su falta! ¡El miserable! ¡Oh, sí, ella hablaría con Ernesto, le contaría toda la verdad, le juraría que era inocente de la infame acusación... y como él la amaba, la creería... y su amor saldría triunfante de la prueba!

¡Pero... verse a solas con él... significaba renunciar a su sacrificio, significaba tal vez hundir el porvenir de Ernesto, destruir aquella carrera tan brillante y pura del abogado!

Y la pobre enamorada quiso mantener su sacrificio, acallar su amor y su dolor para que Ernesto no se viera en las mallas de la deshonra.

Y se le ocurrió una cosa terrible.

Llamó por teléfono a Roberto Haines, que estaba hablando de sus aventuras con un amigote, y le dijo:

—Estoy sola esta noche en casa. ¿Quiere usted venir a hacerme compañía?

—De mil amores... Vengo en seguida... preciosa—contestó Haines.

Y despidiéndose de su amigo, corrió a casa de la encantadora y ansiosa criatura.

Ella le recibió cordialmente. Eran las ocho menos cuarto.

—Me alegro que te hayas decidido a llamarme. Eso demuestra que eres una muchacha de gusto — le decía él, queriendo abrazarla.

—Los abrazos, después—contestó Alicia, aparentando una excitada alegría—. Ahora un poco de música... y de vino.

Tocó el gramófono y llenó varias veces dos copas de whisky. Haines se las bebía tranquilamente... y Alicia vaciaba con disimulo su contenido en un florero.

Haines, medio borracho, quitóse la americana y comenzó, riendo, a perseguir a Alicia, que le esquivaba.

Desde la ventana vió Alicia, de pronto, que atravesaba la calle en dirección a la casa, el abogado Ernesto Campbell. Eran las ocho y cinco.

Una gran emoción la hizo palidecer. Llegaba el supremo momento de sacrificarse...

Y arrojóse en los brazos de Roberto y lo besó con locura, mientras el gramófono tocaba un fox-trot.

Permanecieron un momento abrazados, hasta que abrióse la puerta entornada y apareció Ernesto Campbell.

Pálido como un muerto, asombrado por

aquella inesperada sorpresa, por aquella infame traición, Ernesto sólo pudo decir:

—¡Y pensar que yo había querido hacerte mi esposa!

Abatido, arrastrando los pies, volvió a salir, convencido de que su padre tenía razón al acusar a Alicia.

Pero apenas él hubo marchado, no pudo resistir Alicia por más tiempo y estalló en un sollozo trágico.

—¡Cállate, tonta!—dijo Haines—. Si ese Campbell no quiere casarse contigo, me tienes a mí para amigo perpetuo.

—Calle... calle... comprenda, Haines... Todo lo que yo he hecho no ha sido más que una comedia para que Ernesto me abandonara.

—¡Ah... bien! No sé por qué hizo usted eso... pero aquí el que ha hecho un papel higiénico he sido yo, ¿verdad?

—Sé que he obrado mal. Pero a toda costa he tenido que conseguir que él me despreciase.

—Ea, pues la broma continuará en serio. Serás mía, porque si no...

Y cayó sobre ella con agresiva fiereza, buscando, enloquecido, sus labios.

Alicia dió un grito y comenzó a retroceder. Pero el bárbaro hizo el gesto de arrojar otra vez sobre su víctima y hacerle pagar caro su engaño.

Alicia, desesperada, cogió un jarrón de bronce, y cuando Haines iba a estrecharla entre sus brazos, dió con aquél un formidable golpe en la cabeza del miserable.

Le había tocado en la sién. Roberto Haines cayó en tierra pesadamente.

Al verle herido, la joven lanzó un horroroso grito de espanto.

¿Qué había hecho?

El grito que acababa de dar se esparció por toda la casa y los vecinos de los pisos contiguos entraron en la habitación, viendo el horroroso espectáculo.

Alicia temblaba... Cerca de ella estaba tendido un hombre muerto...

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?—gemía.

Acudió la Justicia, y Alicia, casi inconsciente, sin contestar a las preguntas que le dirigían, fué conducida a la delegación de policía.

* * *

Fué en vano que en sucesivas declaraciones explicase Alicia que había tenido que defenderse de Roberto Haines para mantener su honra intacta.

El fiscal Campbell, que era el encargado de la causa, procuraba que aquella mujer apareciese responsable de asesinato. Deseaba castigarla, con el odio que le inspiraba la criatura que había tenido el atrevimiento de querer casarse con Ernesto.

Este había pasado unos meses de cruel dolor. La extraña conducta de Alicia le enloquecía...

Y llegó el día de la causa, que conmovió a toda la ciudad. Centenares de personas

presenciaron la vista. El fiscal Campbell derrochó elocuencia y habilidad para probar la culpabilidad de la procesada.

Oculto entre el público, Ernesto asistía a la vista y veía a lo lejos a Alicia, que lloraba sin cesar, defendiéndose con energía.

Comenzaron las declaraciones de los testigos.

—Diga usted a los jurados lo que vio usted la noche de autos—decía el fiscal a uno de los vecinos del piso del crimen.

—Vi un hombre muerto, junto a él a la procesada... y un jarrón en el suelo, a pocos pasos del sitio donde estaba el cadáver.

Le hizo nuevas preguntas encaminadas a demostrar la responsabilidad de Alicia. La defensa interrogó luego al testigo.

—Usted asegura que la acusada confesó haber matado a Roberto Haines, ¿no es cierto?

—Sí.

—Los gritos que usted oyó antes, ¿no serían voces pidiendo auxilio en vez de simples exclamaciones de ebrios?

—Creo que no.

—¿Está usted seguro del estado en que se encontraba la acusada? ¿No podría ser excitación nerviosa lo que usted tomó por embriaguez?

—Al Jurado no le interesa la opinión de los testigos—dijo el magistrado que presidía—. El Jurado pide hechos concretos.

Declararon después otras personas, entre ellas el detective del hotel Shawnee.

—Díganos usted cuándo vió por primera vez a la acusada—preguntó el fiscal.

—Cuando ella fué al hotel Shawnee, acompañada de un tal señor Baxter y haciéndose pasar por su esposa—explicó.

Luego declaró Baxter, el malvado estudiante, responsable de todas las desgracias de Alicia.

Esta tuvo que contenerse para no echarle en cara su odio. ¡Bandido!

—¿Recuerda usted lo que hizo la noche del ocho de diciembre del año último?—le dijo el fiscal.

Con cinismo, respondió:

—Aquella noche la pasé casi por entero en el hotel Shawnee con la acusada.

—Nada más.

Baxter se sentó entre los otros testigos ya interrogados.

Lágrimas de odio resbalaban por las mejillas de Alicia. Y Ernesto, a medida que avanzaba el proceso, a medida que era más grave la situación de Alicia, sentía ansias de defenderla, de protestar contra todos aquellos que la cercaban con sus declaraciones.

Campbell volvió a interrogar a la procesada.

—Yo no quise matarle... lo juro—replicó Alicia—. Haines me atacó... y yo tuve que defenderme para salvar mi honra.

—Si tan repulsivo le era aquel hombre, ¿por qué estuvo bebiendo usted con él antes de matarlo?

—Yo no bebí. Y si lo llevé a mi casa fué

por una razón poderosa... que no quiero confesar.

—Dice usted que no bebí, y en su casa fueron encontrados dos vasos con huellas de "whisky".

—Yo simulaba beber... pero vertía el licor en un florero.

—¡Qué extraño! ¿Y no es cierto que disputaron momentos antes del crimen?

—Le he dicho a usted que obré en legítima defensa.

—Si mató usted en legítima defensa, ¿por qué no mató también al señor Baxter?

Aquella pregunta tan abrumadora produjo un gran murmullo.

El presidente suspendió por breves momentos la sesión.

Ernesto estaba conmovido ante el dolor de Alicia. Y aprovechando la suspensión de la vista, se adelantó hacia el defensor, que hablaba con la procesada y con otros abogados, y le pidió autorización para tomar desde aquel momento la defensa de Alicia, pues tenía en ello un gran interés personal.

Accedió el defensor y Alicia le miró conmovida por aquel acto.

—Alicia—le dijo él en un arranque de amor y de nobleza—, estoy seguro de que usted mató en legítima defensa y de que no es culpable. Sigo creyendo en usted, a pesar de lo que vi. Mi conciencia me ordena defender a usted.

—¡Oh, Ernesto!... Si usted supiera...

—Dígame de veras si pasó usted la noche con Baxter.

—Baxter ha mentido! ¡Yo no pasé la noche con él! ¡Entre nosotros dos había una puerta cerrada!

—¡Qué alegría!... ¡Ah, no tenga miedo,



—Solicito interrogar de nuevo al testigo Jorge Baxter.

Alicia... no tenga miedo!... Yo la defenderé con alma y vida.

Momentos después reanudóse la sesión.

El antiguo defensor comunicó que Ernesto Campbell le sustituiría desde aquel momento en la defensa de la procesada.

Se produjo un movimiento de sensación. ¡Padre e hijo frente a frente!

El fiscal Campbell, que se disponía a ha-

cer declarar otra vez a Alicia, miró con indignación a Ernesto.

Este se levantó y dijo:

—Solicito interrogar de nuevo al testigo Jorge Baxter.

Concedida su petición por la presidencia, Ernesto dijo a Baxter, mirándole fijamente, con ojos tan acusadores, que el testigo tembló:

—Usted declaró hace poco que pasó una noche en el hotel Shawnee con la procesada.

—Sí, señor.

—¿Ocupaban ustedes dos una misma habitación? ¡Conteste la verdad!

Vaciló Baxter, pero dominado por la enérgica mirada del nuevo defensor, dijo:

—Eran dos habitaciones: una sala y una alcoba, que se comunicaban por una puerta.

—¿No es cierto que cada uno de ustedes ocupó una habitación, teniendo entre ambos la puerta cerrada? ¡La verdad!... toda la verdad! ¡Pronto!

Baxter sintióse agitado por el remordimiento y respondió:

—Sí, señor.

—¿Por qué fué la acusada con usted al hotel?

—Porque... yo le hice creer que íbamos a una fiesta entre amigos.

Se produjo un movimiento de sensación. Ernesto sonreía... mirando a Alicia, en cuyos ojos brillaba por vez primera la esperanza. El fiscal, en cambio, se mantenía furioso.

—¡ Ah, señores!—dijo Ernesto, señalando a Baxter—. Este hombre ha cometido un delito de perjurio y debe ser castigado.

—¡Será castigado! — contestó el presidente.

Baxter se retiró, anonadado, y el defensor siguió su discurso:

—¡ Ya lo ven ustedes, señores jurados! Una mujer intenta defenderse a sí misma con la verdad y no se le permite. En aras de un mal entendido deber, se le quiere quitar a la acusada su libertad, su reputación... hasta su vida. Y un vil sujeto como ese Baxter se convierte en instrumento de la ley.

Luego, avanzando hacia Alicia, la interrogó:

—Usted dijo antes que había llevado a su casa a Roberto Haines con un fin que no podía confesar. ¿Cuál era ese fin?

Emocionada, Alicia respondió:

—Me habían convencido que debía desilusionar a mi prometido para que se alejase de mí.

—¿Quién la convenció a usted de eso?

—El padre de mi prometido... Me dijo que destruiría el porvenir de su hijo si yo no le obedecía.

Campbell se agitaba, nervioso, en su asiento.

—¿Y quién es el padre de su prometido?

—No puedo decirlo.

—La acusada debe contestar a la pregunta de su defensor—dijo el presidente.

Entonces, Alicia no vaciló más y señaló al fiscal:

—¡Este!

De nuevo se produjo un movimiento de expectación. Padre e hijo se miraron airados. Y Ernesto, ahora lleno de rabia, comprendiendo bien todo lo que había ocurrido y las causas fundamentales del crimen, agregó:

—¡ Ah, señores!... ¿No es vergonzoso ese proceder? La ley, en el nombre sagrado de la justicia, empujando a la muerte a una mujer inocente... arrebatando a esa infeliz lo que para una mujer honrada vale más que la vida... ¡El honor!

Pero aun el fiscal intentó mantener su acusación:

—A pesar del tono melodramático que ha tomado este proceso, yo ruego a los señores jurados que cumplan con su deber, declarando culpable a la procesada. No podemos dejarnos influenciar por el sentimentalismo. Está plenamente probado que la acusada llamó a la víctima a su casa, la embriagó y la mató después. Pido justicia.

El jurado se retiró a deliberar. Y un cuarto de hora más tarde se presentaba de nuevo y dictaba un veredicto de inculpa-bilidad. Se proclamaba, pues, la libre absolución de la procesada.

Resonaron vivas, aplausos; mujeres del público invadieron el estrado, abrazando a Alicia, que lloraba de alegría.

Cuando se calmaron un poco esas de-

mostraciones de júbilo, Ernesto estrechó la mano de su defendida y dijo:

—Alicia... admiro tu noble sacrificio... Por fortuna, he podido salvarte y, pase lo que pase, serás ahora mía.

—A ti te debo la libertad, Ernesto... mil gracias... pero... es imposible nuestro amor. ¡Olvídame! ¡Se trata de tu porvenir!

—Mi porvenir está a tu lado. No necesito a nadie. Eres honrada y pura y nada me separará de ti... ni siquiera mi padre.

Presentóse en aquel momento el fiscal, que parecía anonadado. Sin decir una sola palabra, estrechó la mano de su hijo, y luego la de Alicia.

Su conciencia de hombre rigorista acababa de humanizarse... Comprendía, por fin, que no todos los que aparecen culpables lo son realmente. Su hijo le había convencido con su elocuencia...

Y alejóse tristemente, mientras Alicia y Ernesto, alegres por aquella dulce demostración paterna, seguían recibiendo las ovaciones y el tributo del buen pueblo sentimental.

Con grandes dificultades pudieron marchar, y ya en el coche renovaron sus promesas de ilusión.

La vida tendría sonrisas y alegrías nuevas. El sol del amor volvería a brillar para ellos.

F I N

Ha sido revisada por la Censura